

EL HOMBRE QUE NUNCA EXISTIÓ

OPERACIÓN CARNE PICADA

LA HISTORIA DEL EPISODIO QUE CAMBIÓ EL CURSO
DE LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL



BEN MACINTYRE

El 30 de abril de 1943 un pescador de Punta Umbría encontró flotando en el mar el cadáver de un oficial británico, el comandante William Martin, con un maletín encadenado a su cuerpo. Antes de devolverlo a los británicos, las autoridades españolas transcribieron los papeles que contenía el maletín, incluyendo los planes para un desembarco en Grecia, y los hicieron llegar al gobierno alemán, que se preparó para organizar su defensa. Pero donde los aliados desembarcaron, tres meses después, fue en Sicilia. William Martin no había existido nunca y los papeles de su maletín estaban destinados a engañar a los alemanes.

El gobierno británico no permitió nunca contar la auténtica historia de esta operación, por temor a la reacción española; pero Ben Macintyre, el autor de *Zigzag*, ha accedido a los documentos originales y nos cuenta por fin toda la verdad acerca de una de las historias de espías más fascinantes de la Segunda Guerra Mundial, incluyendo la evidencia de la complicidad de los militares españoles con los nazis.

Para Kate y Melita
y
Magnus y Lucie

En la guerra, ¿quién no ha tenido un momento de risa en medio de las calaveras?

WINSTON CHURCHILL,
El anillo se cierra^[1]

PREFACIO

En las primeras horas del 10 de julio de 1943, soldados británicos, de la Commonwealth y estadounidenses desembarcaron en la costa de Sicilia en el primer asalto aliado contra la «Fortaleza Europa» de Hitler. A posteriori, la invasión de la isla italiana fue un triunfo, un giro decisivo en la guerra y un escalón vital en el camino hacia la victoria en Europa. La ofensiva (el mayor desembarco anfibia intentado hasta entonces) había estado planeándose durante meses, y aunque el combate fue feroz, el número de bajas entre los Aliados fue reducido. De los ciento sesenta mil soldados que participaron en la invasión y conquista de Sicilia, más de ciento cincuenta y tres mil estaban vivos al final. El hecho de que tantísimos hubieran podido sobrevivir se debió, en buena medida, a un hombre que había muerto seis meses antes. El éxito de la invasión de Sicilia dependió del uso de una fuerza abrumadora, la logística, el secreto y la sorpresa. Pero también de una amplia red de imposturas, y de un engaño en particular: una trama inventada por un equipo de espías dirigido por un abogado inglés.

Me topé por primera vez con el extraordinario Ewen Montagu mientras investigaba para un libro anterior, *El agente Zigzag*, que se ocupa del agente doble de la segunda guerra mundial Eddie Chapman. Abogado en su vida civil, Montagu fue uno de los oficiales del Departamento de Inteligencia Naval encargados de supervisar a Chapman, pero se haría más famoso como escritor con la publicación, en 1953, de *The Man Who Never Was* («El hombre que no existió», en su traducción castellana), un relato del engaño

que ideó en 1943 con el nombre en clave de «Operación Carne Picada». En un libro posterior, *Beyond Top Secret Ultra*, escrito en 1977, Montagu mencionaba «algunos memorandos que, en circunstancias muy especiales y por una razón muy particular, se me permitió conservar».

Esa extraña digresión se me quedó grabada en la memoria. Las «circunstancias muy especiales», di por sentado, debían relacionarse con la escritura de *El hombre que nunca existió*, que el Comité de Inteligencia Conjunto autorizó y sometió a un examen minucioso. Pero no podía recordar ningún otro caso en el que se hubiera permitido «conservar» documentos clasificados a un oficial de inteligencia. De hecho, conservar material del más alto secreto es exactamente lo que se supone que los funcionarios de los servicios de inteligencia no deben hacer. Y, además, si Ewen Montagu los había conservado durante tantos años después de la guerra, ¿dónde se encontraban ahora?

Montagu murió en 1985. Ninguno de los obituarios mencionó entonces el destino de sus papeles. Me entrevisté con su hijo, Jeremy Montagu, una destacada autoridad en instrumentos musicales de la Universidad de Oxford. Con un brillo inconfundible en los ojos, Jeremy me condujo a una habitación de la planta superior de su laberíntica casa oxoniense y de debajo de una cama sacó un baúl de madera grande y polvoriento. Dentro había legajos de archivos del MI5, el MI6 y el Departamento de Inteligencia Naval, algunos de los cuales estaban atados con un cordel y tenían el sello de «máximo secreto». Jeremy me explicó que, tras la muerte de su padre, algunos de sus papeles habían sido trasladados al Museo Imperial de la Guerra, donde todavía estaban a la espera de ser catalogados, pero que el resto estaba tal y como él lo había dejado en el baúl: cartas, memorandos, fotografías y notas de trabajo relacionadas con la trama implementada en 1943, así como los manuscritos originales de sus libros, sin censura. Junto a todo ello estaban también las doscientas páginas de la autobiografía inédita.

dita de Montagu y, lo que quizá fuera lo más importante, una copia del informe oficial y secreto sobre la Operación Carne Picada, el engaño más osado, extraño y exitoso llevado a cabo durante la segunda guerra mundial.

Si mi descubrimiento de esos papeles parece algo sacado de una película de espías, es probable que ello no sea accidental: Montagu poseía un sentido espléndido para lo dramático y tenía que saber que los documentos serían descubiertos algún día.

Más de medio siglo después de su publicación, *El hombre que nunca existió* no ha perdido un ápice de su interés como intriga bélica, pero se trata de un relato incompleto, como por lo demás siempre se pretendió que fuera. El libro se escribió a petición del gobierno con el fin de ocultar ciertos hechos; y en determinadas partes es incluso deliberadamente engañoso. Ahora, en cambio, gracias al relajamiento de las normas gubernamentales relativas al secreto oficial, los documentos recientemente desclasificados en los Archivos Nacionales y el contenido del viejo baúl de Ewen Montagu, es posible contar por primera vez la historia completa de la Operación Carne Picada.

El plan nació en la mente de un novelista, y cobró forma a través del elenco de personajes más insólito: un abogado brillante, una familia de empresarios fúnebres, un patólogo forense, un buscador de oro, un inventor, un capitán de submarino, un espía inglés travestido, un piloto de carreras, una bonita secretaria, un nazi crédulo y un almirante gruñón al que le encantaba la pesca con mosca.

Esta operación de engaño, que apuntaló la invasión de Sicilia y contribuyó a ganar la guerra, giró alrededor de un hombre que nunca existió. Pero tanto las personas que lo inventaron como aquellas que creyeron en él, así como todos aquellos que le debieron la vida, ciertamente sí existían.

Esta es su historia.

Londres, octubre de 2009

1

El buscador de sardinas

José Antonio Rey María no tenía ninguna intención de pasar a la historia cuando partió remando hacia el Atlántico desde la costa de Andalucía el 30 de abril de 1943. Sencillamente estaba buscando sardinas.

José estaba orgulloso de su reputación como el mejor localizador de peces de Punta Umbría. En un día claro, era capaz de advertir el revelador brillo iridiscente de las sardinas a varias brazas de profundidad. Cuando veía un cardumen, José marcaba el lugar con una boya, y luego hacía señales a Pepe Cordero y los demás pescadores de *La Calina*, una embarcación más grande, para que se apresuraran a llevar la red.

Aquél, sin embargo, no era un buen día para buscar peces. El cielo estaba cubierto y el viento, que soplaba en dirección a la orilla, alteraba la superficie del agua. Los pescadores de Punta Umbría habían zarpado antes del amanecer, pero hasta el momento lo único que habían conseguido era pescar anchoas y unos cuantos besugos. A bordo del *Ana*, su pequeño esquife, José volvió a inspeccionar las aguas mientras el sol calentaba su espalda. Podía ver en la orilla el grupito de cabañas de pescadores que había bajo las dunas de la playa de El Portil, donde estaba su hogar. Más allá, después del estuario donde los ríos Odiel y Tinto desembocaban en el mar, se encontraba el puerto de Huelva.

La guerra, que entonces estaba en su cuarto año, apenas había incidido en esta parte de España. En ocasiones,

José encontraba en el mar extraños restos flotantes, fragmentos de madera achicharrada, manchas de petróleo y otros escombros que contaban las batallas que estaban teniendo lugar en altamar. Esa mañana, temprano, había oído a lo lejos disparos y una fuerte explosión. Pepe decía que la guerra estaba arruinando a los pescadores; nadie tenía dinero, y quizá tuviera que vender *La Calina* y el *Ana*. Se rumoreaba que los capitanes de algunos barcos pesqueros más grandes espían para los alemanes o los británicos. Pero en muchos sentidos la dura vida de los pescadores continuaba siendo como siempre había sido.

José había nacido veintitrés años antes, en la playa, en una cabaña hecha con maderos arrojados por el mar. Nunca había viajado más allá de Huelva y sus aguas. Nunca había asistido a la escuela ni aprendido a leer y escribir. Pero nadie en Punta Umbría le superaba a la hora de encontrar cardúmenes.

Fue a media mañana cuando José advirtió un «bulto» flotando en el agua. En un primer momento pensó que debía de tratarse de una marsopa muerta, pero a medida que se acercaba la forma se hizo cada vez más clara hasta resultar inconfundible. Era un cuerpo humano que se mantenía a flote gracias a un chaleco salvavidas amarillo. El muerto estaba boca abajo, la parte inferior del torso resultaba invisible y parecía llevar puesto un uniforme.

Al inclinarse por la borda para agarrar el cuerpo, el olor de la putrefacción golpeó a José, que se halló de repente ante el rostro de un hombre o, mejor, ante lo que había sido el rostro de un hombre. El mentón estaba cubierto por completo de un moho verde, mientras que la parte alta de la cara tenía un color oscuro, como tostada por la acción del sol. José consideró que quizá el muerto se había quemado en algún accidente marítimo. La piel de la nariz y la mandíbula había empezado a pudrirse.

José hizo señas con las manos y gritó a los demás pescadores. Cuando *La Calina* se acercó, Pepe y la tripulación

se apiñaron en la borda para ver el hallazgo. José les pidió que arrojaran una cuerda y subieran el cuerpo a la embarcación, pero «ninguno tenía ánimos para cogerlo». Molesto, José comprendió que tendría que llevarlo a la orilla él mismo. Tirando del empapado uniforme, alzó el cuerpo y lo dejó sobre la popa, con las piernas todavía en el agua, y remó de vuelta a la orilla, intentando no respirar el hedor que despedía.

En la parte de la playa conocida como La Bota, José y Pepe arrastraron el cuerpo hasta las dunas. El maletín que el hombre llevaba atado con una cadena dejó un rastro en la arena detrás de ellos. Los pescadores dejaron el cuerpo bajo la sombra de un pino. Los niños salieron de las cabañas para echar un vistazo al atroz espectáculo. El hombre era alto, medía más de metro ochenta, e iba vestido con una casaca y una gabardina caquis y botas militares altas. Obdulia Serrano, una joven de diecisiete años, vio que el hombre tenía alrededor del cuello una cadenita de plata con un crucifijo, lo que le hizo pensar que debía de haber sido católico.

A Obdulia se le mandó a dar aviso de lo ocurrido al oficial al mando de la unidad militar encargada de vigilar esa parte de la costa. Esa misma mañana, temprano, una docena de hombres del 72.º Regimiento de Infantería del ejército español había estado marchando por la playa, como hacían casi todos los días en un ejercicio por lo demás bastante inútil. En ese momento, los soldados estaban haciendo la siesta bajo los árboles. El oficial ordenó a dos de sus hombres que vigilaran el cuerpo para evitar que alguno de los lugareños intentara inspeccionar el contenido de sus bolsillos y, con pesadez, se encaminó hacia la playa para buscar a su superior.

El perfume del romero salvaje y las jacarandas que crecían entre las dunas no lograba ocultar el hedor de la descomposición. Las moscas zumbaban alrededor del cuerpo. Los soldados optaron por situarse en contra de la dirección

del viento. Alguien fue a buscar un asno para llevar el cuerpo hasta el pueblo de Punta Umbría, a unos seis kilómetros y medio de allí, desde donde un barco podría trasladarlo a Huelva, al otro lado del estuario.

Ignorando los acontecimientos que acababa de poner en marcha, José Antonio Rey María regresó a la playa, empujó su esquife al agua y volvió a su búsqueda de sardinas.

Dos meses antes, en una pequeña habitación en los sótanos del edificio del almirantazgo en Whitehall, dos hombres se esforzaban por resolver un rompecabezas que ellos mismos habían ideado: ¿cómo crear una persona de la nada, un hombre que nunca había existido?

El más joven de los dos era alto y delgado, usaba anteojos y llevaba un cuidado bigote al estilo típico de la fuerza aérea, con el que jugueteaba cuando estaba muy concentrado. El otro, elegante y lánguido, iba vestido con el uniforme de la Marina y chupaba una pipa curva que chisporroteaba y crepitaba con malicia. El ambiente en el recinto, una caverna subterránea que carecía de ventanas, luz natural y ventilación, era pesado. Las paredes estaban cubiertas con grandes mapas y en el techo abundaban las manchas amarillas y grasosas de la nicotina. Lo que en otra época había sido una bodega de vino era ahora la sede de una sección del Servicio Secreto británico conformada por cuatro oficiales de inteligencia, siete secretarías y mecanógrafas, seis máquinas de escribir, una colección de archivadores cerrados con llave, una docena de ceniceros y dos teléfonos para comunicaciones cifradas. La Sección 17M era tan secreta que difícilmente había veinte personas fuera de la habitación que conocieran su existencia.

La Oficina 13 del almirantazgo era un centro de procesamiento de información secreta, mentiras y rumores. Todos los días, la información más letal y valiosa aportada por los servicios de inteligencia (mensajes descifrados, planes de engaño, movimientos de tropas enemigas, informes de espionaje cifrados y otros misterios) llegaba a este peque-

ño despacho del sótano para ser analizada, valorada y remitida a partes distantes del mundo: el blindaje y la munición de una guerra secreta.

Los dos oficiales, Bigote y Pipa, también eran responsables de la supervisión de los agentes y los agentes dobles, el espionaje y el contraespionaje, la inteligencia, las falsificaciones y los fraudes: pasaban al enemigo tanto mentiras dañinas como información cierta pero inocua; dirigían la labor de espías voluntariosos, de espías renuentes a los que se había obligado a colaborar y de espías que ni siquiera existían. Y ahora, con la guerra en su apogeo, estaban embarcados en la creación de un espía completamente diferente de todos los que habían concebido hasta entonces: un agente secreto que no sólo era ficticio, sino que estaba muerto.

La característica que definiría a este espía sería su falsedad. Se trataba de una invención puramente imaginaria, un arma en una guerra muy alejada de las batallas tradicionales con bombas y balas. En su forma más visible, la guerra se pelea con liderazgo, valor, táctica y fuerza bruta; ésa es la guerra convencional de los ataques y los contraataques, la de las líneas en el mapa, los efectivos y la suerte. Los colores de este tipo de guerra son por lo general el negro, el blanco y el rojo sangre; es la guerra de los ganadores, los perdedores y las bajas: los buenos, los malos y los muertos. Pero también existe otra clase de guerra, menos visible, en la que abundan los tonos grises, una batalla de engaños, seducción y mala fe, de artimañas y espejos, en la que la verdad, como dijo Churchill, se protege con una «escolta de mentiras». Los combatientes de esta guerra de la imaginación rara vez eran lo que parecían, pues el mundo encubierto, en el que la ficción y la realidad son en ocasiones enemigos y en ocasiones aliados, atrae a las mentes sutiles, ágiles y, con frecuencia, extremadamente inusuales.

El cadáver que yacía en las dunas de Punta Umbría era un fraude. Las mentiras que llevaba consigo volarían de

Londres a Madrid y de allí a Berlín para completar un viaje iniciado en un gélido lago escocés y cuyo destino último eran las costas de Sicilia, un viaje de la ficción a la realidad y de la Oficina 13 del almirantazgo británico directo al escritorio de Hitler.

2

Mentes retorcidas

El almirante John Godfrey, el director del Departamento de Inteligencia Naval del almirantazgo, pensaba que engañar al enemigo en tiempos de guerra era como pescar y, específicamente, como la pesca de trucha con mosca. «El pescador de truchas», escribió en un memorando de máximo secreto, «pasa todo el día lanzando el anzuelo, paciente. Con frecuencia cambia de emplazamiento y de cebo. Si ha asustado a algún pez puede "dar al agua un descanso de media hora", pero su principal cometido, a saber, atraer a los peces mediante algo que lanza desde su barco, es incesante».

El «Memorando Trucha» de Godfrey se distribuyó a los demás jefes de los servicios de inteligencia de tiempos de guerra el 29 de septiembre de 1939, cuando la confrontación bélica apenas tenía tres semanas. Aunque el documento se difundió en nombre de Godfrey, poseía todos los rasgos característicos de su ayudante personal, el capitán de corbeta Ian Fleming, quien años después se haría famoso como el autor de las novelas de James Bond. Fleming tenía, en palabras de Godfrey, un «talento notable» para el planeamiento de actividades de espionaje y, como sería de esperar, poseía una particular habilidad para inventar lo que el oficial denominaba «tramas» para burlar al enemigo. Fleming llamaba a estos planes «fantasías románticas de piel roja», pero eran mortalmente serios. El memorando presentaba numerosas ideas para embaucar a los alemanes en el mar, muchas formas de atrapar a los peces mediante